

encinas é higueras frondosísimas en medio de calles y plazas, y por todas partes aire en abundancia, luz, ambiente aromatizado por las encinas campestres, y cierta dulcedumbre placentera, propia de ciudad de reyes, siquier decaída, en manera alguna postrada. Después de haber dado varias vueltas, desembocamos en una extensa plaza, á la cual corresponde

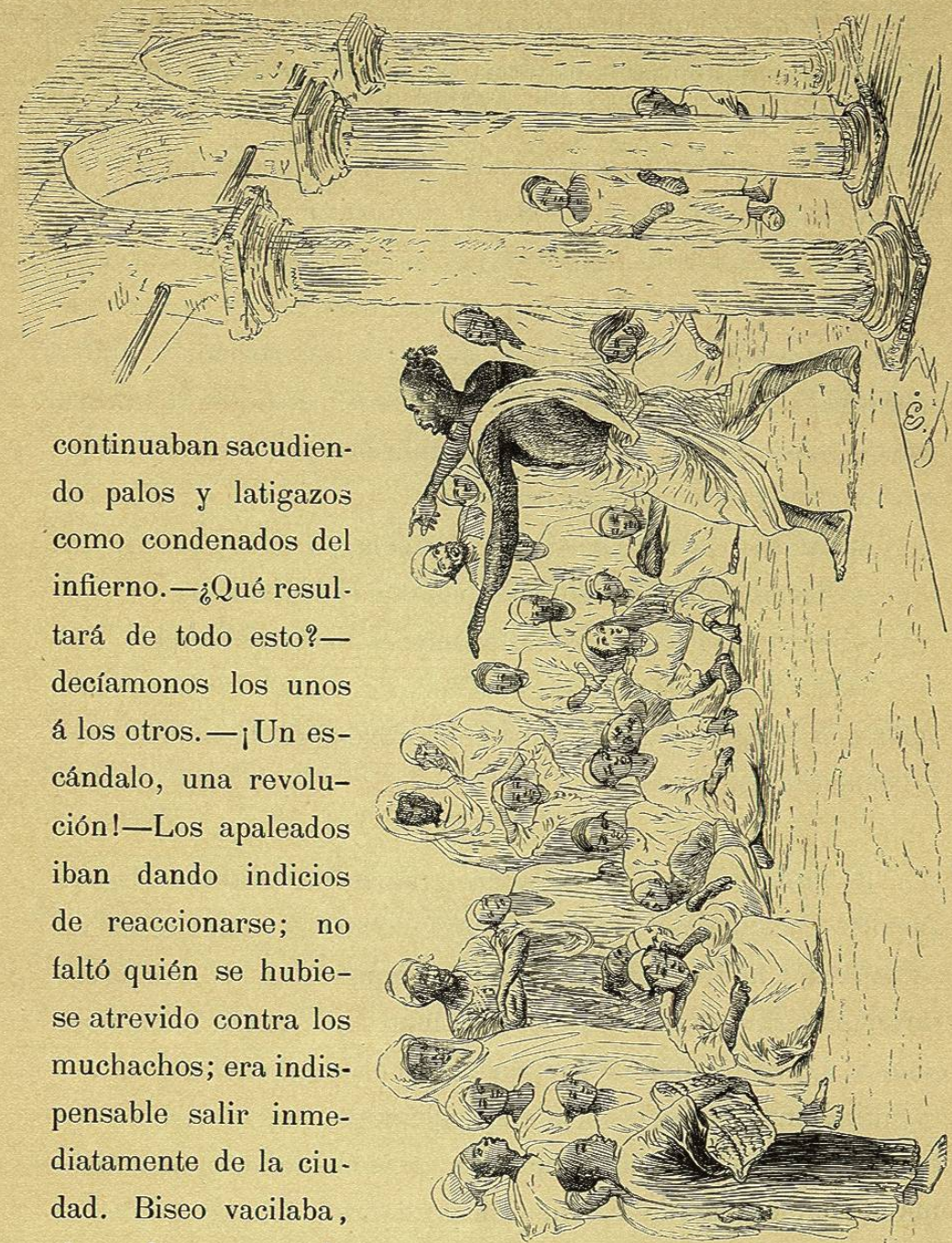


Tornero árabe

la monumental fachada del palacio del gobernador, resplandeciente de hermosísimos mosaicos de esmalte de cien colores distintos, que herida en aquel instante por los postreros rayos de sol poniente, brillaba cual los palacios cuajados de perlas y piedras preciosas de que hablaban las leyendas orientales. Diez soldados ocupábanse en *correr la pólvora*; una cincuenta de criados y guardianes permanecían sentados ante la puerta; la plaza estaba desierta. ¡Qué grato recuerdo el de

aquellos solemnes instantes! Aquella deslumbrante fachada, aquellos jinetes, aquellas torres, la soledad, la puesta del sol, constituían en conjunto un espectáculo tan característicamente morisco; despedían un perfume tan pronunciado de tiempos que fueron; encerraban en un solo cuadro tanta y tanta historia, tanta poesía, tanto fantástico ensueño, que durante buen espacio permanecimos los tres en medio de la plaza, callados, silenciosos, inmóviles, extasiados. Desde ella los soldados nos condujeron á no sé qué sitio, para que pudiéramos contemplar una puerta exterior, de forma bellísima, revestida igualmente, desde el pie del muro hasta la parte más elevada, de delicados mosaicos multicolores, que brillaban al sol como miriadas de rubíes, zafiros y esmeraldas, engastados en un arco de triunfo de nitidísimo marfil: los pintores hicieron en cuatro rasgos un bosquejo en sus álbums y penetramos de nuevo en la ciudad. Hasta aquí las gentes que encontráramos en las calles, sólo se habían mostrado curiosas, y hasta nos había parecido que nos miraban con ojos menos malévolos que la población de Fez; mas de repente, sin que pudiéramos comprender la razón, cambiaron de humor. Algunas viejas comenzaron á mirarnos de mal ojo; después algunos chicuelos á tirar piedrecitas entre las piernas de nuestras cabalgaduras, y por último, un enjambre de granujas, que dividiéndose en dos grupos, uno que nos precedía y otro que marchaba á retaguardia, dejaron oír una gritería infernal. Por supuesto que los soldados no estaban con las manos cruzadas: dos se colocaron delante y otros dos detrás, y la emprendieron á varazo y palo limpio con los que de aquella turba estaban más á su alcance, enviando á los otros cada pedrada que temblaba el mundo, y persiguiendo á unos y otros hasta larga distancia. Pero en vano, porque no atre-

viéndose aquel hato de bribones á contestar con piedras, la emprendieron contra ellos á naranjazos, limones podridos y otras cosas peor olientes, con tanta abundancia é insistencia, que para evitar peores males, tuvimos por muy conveniente aconsejar á los soldados que no les dieran más; pero éstos se hallaban ya irritados, y ó no nos oyeron ó no quisieron hacernos caso, y continuaron peleando de cada vez con más creciente ardor; y lo peor del caso fué que, no pudiendo desahogar con la chiquillería, la emprendían con los hombres. En cuanto asomaba un bulto por una puerta, latigazo limpio por vía de advertencia: á todo aquel que pasando indiferente junto á nosotros no se arribaba á la pared, un empujón que lo echaba diez pasos atrás: si una vieja nos miraba al través, puñetazo en el rostro, acompañado de un aullido bestial junto á los oídos que debía dejarla sorda por ocho días. Indignados en vista de semejantes actos de brutalidad, les indicamos por medio de gestos imperiosos que pusieran término á ellos; mas imaginando aquellos desgraciados que les echábamos en cara su dulzura, extremáronse más en su empeño. Para colmo de desventuras desembocaron, no sé de dónde, dos muchachos de diez á doce años, parientes probablemente de los soldados, provistos como éstos de flexibles varas; agregáronse á la escolta apaleadores voluntarios, y empezaron á menudear palos con tanta abundancia á diestro y á siniestro, sobre hombres y mujeres, asnos y mulas, próximos y lejanos, que los soldados mismos se creyeron en el deber de aconsejar que calmaran su entusiasmo. Y lo bueno es que á cada palo que descargaban, volvíanse los dos hacia nosotros tres, cual si trataran de recomendarnos que tomáramos nota para tenerlo presente al gratificarlos, y como todo esto nos hacía reír, imaginando que con ello nos daban gusto,



continuaban sacudiendo palos y latigazos como condenados del infierno.—¿Qué resultará de todo esto?—decíamos los unos á los otros.—¡Un escándalo, una revolución!—Los apaleados iban dando indicios de reaccionarse; no faltó quién se hubiese atrevido contra los muchachos; era indispensable salir inmediatamente de la ciudad. Biseo vacilaba, sin embargo, cuando al pasar por una plazuela llena de gente alcanzó una piedra á la cabeza de mi mula y una zanahoria á la nuca de Ussi. En vista de esto nos decidimos á palmotear, según habíamos con-

venido, á fin de que nos guiaran al campamento; mas hasta esta señal tan inocente provocó un nuevo tumulto. Los soldados, para indicarnos que habían comprendido, nos contestaron palmoteando del mismo modo, y cuanta gente se hallaba en la plaza, acaso con intento de complacernos ó quizá para burlarse de nosotros, prorrumpió en estrepitoso palmoteo, y á todo esto llovían limonazos y palos y maldiciones, y no cesó la borrasca porque hubiéramos dejado la puerta de la ciudad á nuestras espaldas y nos encontráramos cercanos al campamento, pues desde lo alto de las murallas nos dirigían frases tan cariñosas como las siguientes:

- ¡Maldito sea el padre que te engendró!
- ¡Exterminada pueda verse vuestra raza maldita!
- ¡Permita Dios que se estén asando vuestros abuelos!

¡Tal fué la recepción que nos hizo la ciudad de Mequinez! Afortunadamente para nosotros, se trataba de la ciudad más hospitalaria del Imperio!

Al amanecer del día siguiente, antes de levantar el campamento, recibimos una litera para el médico, construída en veinticuatro horas, por carpinteros de Mequinez, que de seguro habrían invertido en la obra veinticuatro días, sin las indicaciones del gobernador, acompañadas de cierta intimación á la cual indudablemente habría sido peligroso hacerse el sordo. Era un armatoste mal dispuesto y peor labrado, que más tenía de jaula para la conducción de bestias feroces que de litera para un enfermo; pero con todo esto mucho mejor perjeñada de lo que jamás hubiésemos creído; y los operarios, que dieron los últimos martillazos en nuestra presencia, mostrábanse de su obra tan satisfechos y estaban tan persuadidos de nuestra sorpresa, que al trabajar temblaban de

emoción, y á cada una de nuestras palabras despedían chispas por sus ojos. En resumen, cuando Morteo puso en sus manos el importe de su trabajo, diéronnos las gracias gravemente, y se fueron, dejándonos entrever una sonrisa de satisfacción que quería decir:

— Pedazos de brutos, os hemos demostrado cuánto valemós.

Al declinar el día salimos de Mequinez, y durante dos horas caminamos por la campiña más amena que en sueños haya fantaseado el más enamorado paisajista. Veo, más aún, siento todavía la gracia encantadora de aquellas colinas cubiertas de verdura, en las cuales crecen el mirto y el rosal, la adelfa y el áloe en flor; el esplendor de aquella ciudad de Mequinez dorada por los postreros rayos del sol, escondiéndose á nuestros ojos alminar por alminar, palmera por palmera, azotea por azotea, y que cuanto más se reducían sus dimensiones, tanto más parecía elevarse, cual si la colina sobre que asienta, se fuese paulatinamente levantando; y el ambiente saturado de perfumes embriagadores, y el agua reflejando los colores mil de nuestra escolta, y la melancolía infinita de aquel cielo de púrpura...; veo, siento todavía esto y no lo sé describir! ¡Vamos, hay para desesperarse!